

# MISCELANEA

---

## El amor medida de la fe

Cuando repasamos la tradición cristiana, sobre todo la de los primeros siglos, y nos adentramos en su vivencia y en su expresión, topamos con una realidad que nos acerca cada vez más a nuestro tiempo. Quizás uno de los grandes descubrimientos de nuestra época en lo religioso haya sido éste: buscar el aura fresca del cristianismo primitivo. Es indudable que la frescura del Evangelio acariciaba con mayor suavidad a aquellas primeras generaciones y que estaban más capacitadas para seguir el mensaje evangélico, por menos embarazadas por las explicaciones y más limpias de adherencias históricas. Cuantas veces se leen escritos de actualidad en busca de la vena más pura del Evangelio, otras tantas vienen a la mente pensamientos y actitudes de los primeros tiempos cristianos, valientes y ardorosos, en auras de martirio por una caridad que rebosaba en sus vidas al servicio de Cristo en los demás. A veces se piensa que es extrapolar aquel pensamiento a otros tiempos —pueden ser los actuales— y es verdad cuando se trata de estudios filológicos, históricos, sociales o ambientales, siendo algo inconcuso que es preciso colocar a cada expresión en el tiempo en que se ha ofrecido. Sin embargo, cuando el pensamiento es diáfano y es esencial al cristianismo, su vigor sirve lo mismo en el siglo IV o V que en el siglo XX ya proclive hacia el XXI.

Algo semejante ocurre con el pensamiento, expresado en el título, que pretende indicar un poco la necesidad de reducir la fe y ampliar la caridad, en actuación y en insistencia. San Agustín, en su obra de madurez, y de compilación, titulada *Enchiridion o sobre la fe, la esperanza y la caridad a Lorenzo*, ha expuesto teóricamente

y con viveza todo el *Credo*, centrando en él la fe y dedicándole la mayor parte de la obra. Le quedaban solamente unos capítulos para hablarnos de la esperanza, que resume en el *Padrenuestro* u oración dominical, en el que se contienen, a su juicio, todas las cosas que se han de esperar. Los capítulos finales, pocos y breves, los dedicaría a la caridad. Era sin duda alguna la virtud del mayor precio teórico para él y de mayor incidencia en su vida y en la vida de los cristianos en general. No necesitamos insistir en este hecho a lo largo de toda su obra. Tenemos como testimonios precisos los recogidos por M. Huftier en *La charité dans l'enseignement de saint Augustin* (Tournai-Paris-Rome-New York 1959), que, en sus 176 páginas, brinda material abundante, sin ser exhaustivo para convencernos de esto. También la esperanza ha tenido grandes expositores en Agustín y ha sido centro animador de su vida y actividad en función del amor.

Hablando de la caridad en el *Enchiridion* explica las relaciones existentes entre estas tres virtudes y nos abre cauces a la reflexión. Aquí se dice:

“Y vamos a tratar, finalmente, de la caridad, de la cual dijo el Apóstol que era mayor que éstas dos, a saber, la fe y la esperanza, y cuanto mayor es en alguno, tanto mejor es aquel en quien se halla. Porque cuando se pregunta si algún hombre es bueno, no se inquiera qué cree o espera, sino qué ama. Porque quien rectamente ama, sin duda alguna rectamente también cree y espera; pero el que no ama, en vano cree, aunque sea verdad lo que cree; en vano espera, aunque sea cierto que lo que espera pertenece a la verdadera felicidad, a no ser que crea y espere también que el amor le puede ser concedido por la plegaria.

“Pues aunque sin amor no se puede esperar, puede, sin embargo, suceder que no se ame aquello sin lo cual no se puede llegar a lo que se espera. Es como quien espera la vida eterna (¿quién no la ama?) y no ama la justicia, sin la cual nadie consigue aquélla. Esta es, pues, la fe de Cristo que encarece el Apóstol, *que obra animada por la caridad*; y lo que aún no ama lo pide para recibirlo, lo busca para encontrarlo y llama para que se le abra. Porque la fe obtiene lo que la ley manda. Porque sin el don de Dios, esto es, sin el Espíritu Santo, *por quien la caridad es derramada en nuestros corazones*, la ley podrá mandar, mas no socorrer, y, además, podrá hacer prevaricador a aquel que no se puede disculpar de ignorancia; se enseñorea, pues, la concupiscencia carnal allí donde no hay caridad de Dios” (*Ench.* 117, 31).

El maduro pensamiento agustiniano, pasado ya por el yunque del escepticismo, del maniqueísmo, del platonismo que aprovechará, del donatismo y del pelagianismo, brinda aquí su mejor experiencia doctrinal, evangélica, apostólica y vivencial. Su experiencia le había llevado a esta conclusión, pero su doctrina, elaborada en muchas vigiliias de reflexión, lograba aquí su cumbre.

Hemos hablado en esta misma Revista de *¿Cómo se hace uno justo?* (Estudio Agustiniano 6 (1971) 101-114), y de cómo para Agustín es el amor al hermano a quien se ve el que conduce a la existencia del amor de Dios, a quien no se le ve. Ahora, al final de su carrera —la obra está escrita el 421/422— nos lo dirá en frase concisa y llena: "*Cum enim quaeritur utrum quisque sit homo bonus, non quaeritur quid credat, aut speret, sed quid amet*". Traducido diría sencillamente que la bondad de las personas se mide no por su fe o por su esperanza, sino por su amor, no por lo que cree o espera, sino por lo que ama. Y entonces podríamos también agregar que el amor descubre la rectitud o malicia de esa fe o de esa esperanza. El amor se trueca de esta suerte también en sacramento de la fe y de la esperanza, en su signo sensible. Y como para que pueda aparecer como tal, ha de seguir los pasos que expusimos en el artículo antes citado, al menos según el pensamiento del apóstol Juan y su gran discípulo Agustín, resulta que es el amor de los hermanos el que nos descubre la caridad, derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo. Agustín puede poner techo a su resumen teológico, dejando constancia de que todo el edificio se viene abajo, si falla esa. Por otra parte, la doctrina evangélica y en general la neotestamentaria está imbuida de esta misma constatación.

Sería necesario dar un repaso a la historia de la teología o del pensamiento religioso para percatarse del desarrollo de esa fe que se ha convertido en verdades y con frecuencia, al menos en la práctica, se ha desligado de la persona de Cristo, misterio único, según Pablo. Había que creer en general a verdades y se insistía menos en creer a Cristo, Verdad por excelencia. Y entonces a las personas se las juzgaba por su ortodoxia o por su desvío de esas verdades y se insistía una y otra vez en ello. Pocas veces en la historia se ha juzgado de la fe de las personas a partir de su amor, a partir de lo que aman. Y por no considerar esto, se ha agraviado quizás al Evangelio y se ha torturado a las personas. La verdadera medida de la fe es el amor y éste exige el examen. Pero el examen de la fe o de la ortodoxia se realiza a través de las obras, a través de la acción, o de la ortopraxis, como se diría hoy, siendo el amor el que pone en mo-

vimiento la fe, el que hace que la fe actúe en este orden. Ahora bien, una fe no actuada, una fe sin obras, viene inmediatamente rechazada doctrinalmente al menos en católico. Esta dialéctica está expuesta en la polémica con los protestantes y en la problemática planteada por la epístola a los *Romanos* en aparente —sólo aparente— contradicción con la epístola de Santiago. San Agustín era consciente de esto y tenía conciencia además de que el “amor hace el ser” y de que “cada uno es lo que ama” y de que “uno se hace justo por el amor a la justicia”, que se manifiesta en el desarrollo de la misma entre los hombres. La fe en Cristo, en Cristo resucitado, supera el mal y la muerte y ofrece el camino de la felicidad, haciendo al hombre más dichoso aún en la tierra. Y en la identificación, que es personalización para Agustín, de la felicidad y de la verdad con Cristo, halla el hombre la capacidad de ser feliz en la relatividad de la vida, huyendo de este modo a los asaltos del mal, del dolor y de la muerte, cuyo horror no puede ser alejado por el progreso y la técnica de nuestro mundo.

Probar todo esto con textos agustinianos y en virtud de la doctrina general de san Agustín me parece innecesario al presente. Mi intención en esta breve nota era más sencilla: simplemente dejar constancia de que aquello que acabamos de leer en Agustín en texto breve, síntesis de amplios desarrollos, coincide con un pensamiento moderno. De hecho en la *Semana de los Intelectuales Católicos* de Francia en 1970 se debatió el tema de la felicidad con un título sugestivo: *Sí a la felicidad* (“Recherches et Débats” 69 (1970). En ella hay una intervención que nos atañe por entero. Jean Paul Barreau decía: “La verdadera cuestión que puede plantearse es ésta: ¿los cristianos son más cristianos que los otros? No mejores, que es una cuestión moral; sino más dichosos, que es una cuestión fundamental. Mirando a la mayoría de los cristianos desde hace dos siglos (porque la descristianización del cristianismo remonta al menos al siglo XVIII), no se tiene la plena impresión de que los cristianos sean más felices que los demás. Como decía muy bien Nietzsche, “no tienen cabezas de resucitados”.

“Se creía demasiado que la fe era para el más allá, para la vida eterna. Yo estoy plenamente convencido, con toda una tradición de la Iglesia, y, creo también, con el Evangelio, de que la fe concierne nuestra vida presente. La fe no es necesaria para la salvación, basta la buena voluntad o la caridad. La fe es necesaria para ser dichoso en la vida presente. He aquí la convicción profunda de la que

quisiera hacerlos partícipes. Estoy persuadido de que «la conquista de la felicidad no puede pasarse sin la fe» (Ib., p. 26).

En el diálogo la cuestión se llevaba hasta el extremo y René Rémond le presentaba sin tapujos una pregunta que tal vez haya inquietado a más de un cristiano en su vida, al admirar la vida de los demás, su progreso y su técnica. Rémond pedía explicación, dado el sesgo de la intervención de Barreau: «La felicidad por la fe, tal como ha sido presentada, no parece ser un motor de progreso económico o social, al menos de una manera tan inmediata como la ciencia, la producción, la justicia social. No obstante, el hecho de saber que la muerte puede retroceder es sin duda el motivo profundo del progreso humano. ¿Podríais explicaros sobre este problema? Yo pienso que tanto el economista como el hombre de Iglesia tiene que responder a esta cuestión». Nadie puede escapar a los cuernos del dilema. No es posible evadirse de estas preguntas. Si es realidad que la fe capacita para la felicidad, no puede ser exclusivamente para la felicidad de ultratumba, sino para la felicidad de esta tierra también, y por tanto: ¿Qué función tiene la fe en el mundo para la consecución de aquello que está insito en la misma persona humana y que es su aspiración más profunda, como la experiencia, la filosofía clásica y el mismo S. Agustín han repetido hasta la saciedad? Barreau contestaba con estas palabras, dignas de meditación y de una honda reflexión: «Yo pienso que la fe es necesaria para la vida humana. Para vivir, para poder vivir, para querer vivir, pienso que se precisa la fe, si no es la fe cristiana, al menos una fe, es decir creer de algún modo que una cierta felicidad, que una cierta alegría es posible, lo cual está siempre más allá de una pura observación racional. Y pienso además que, a fin de cuentas, es el motor más profundo de la acción humana. Si el hombre no creyera esto, si como Buda creyera que el mundo es totalmente vano y que la única sabiduría es desafiar radicalmente este absurdo total, que la sola dignidad del hombre es retirarse totalmente, retirarse del pasar de los acontecimientos y de las transformaciones aparentes, renunciar, desinteresarse profundamente, pienso que pararía de obrar. Por otra parte, pienso que la fe es necesaria porque implica esta renuncia constante a las idolatrías que nos amenazan a todos, y porque debe suscitar el horror del mal y de la muerte; el Dios del Evangelio no es el que nos imaginamos; es un Dios que tiene horror al mal y a la muerte, y el cristiano tendrá horror del mal y de la muerte y luchará sin desesperar nunca contra las formas siempre renacientes del mal y de la muerte en él y en torno a él. En él también y en

su Iglesia primeramente. Es un motor ciertamente muy potente para la transformación de la sociedad, para el rechazo de todo sistema y de todo aprisionamiento" (Ib. p. 37-38).

Se trata de una fe profunda y personal, pero es indudable también que sin fe en los hombres, sin fe en los demás, no podríamos tampoco vivir, porque, como ya dijo Ortega y Gasset, "el hombre vive de creencias", o como diría Laín Entralgo: "el hombre tiene una constitución pística, elpídica y filica" y sin ellas no puede realizarse. Fundamentalmente sobre la fe gira la vida humana, aunque siempre envuelta y suscitada por el amor que importa confianza.

Sin embargo, por si no estaba todavía clara la respuesta de Barreau a la proposición de Rémond, éste insiste, planteándole otras dos cuestiones: "Dos cuestiones para Jean-Claude Barreau: —La fe no es necesaria para la salvación ha dicho Vd... La salvación de los otros no nos concierne. ¿Puede Vd. precisar?"— "Es por y con la fe, dice Vd., como se puede acceder a la felicidad. Pero la fe es, parece, esencialmente un don, ¿qué es de aquellos que no la han recibido y en particular de aquellos que obran por otra esperanza, en especial para un marxista?" Tal vez no hayamos sido lo suficientemente sinceros para presentarnos ante un interrogante de este tipo, si bien es cierto que los "cristianos anónimos" de que se ha hablado en nuestro tiempo, podían ser ya una respuesta, y los estudios sobre la salvación de los infieles, tan traída y llevada en la historia de la teología, evidenciaba ya un problema de fondo. Barreau no se arredra ante las nuevas cuestiones y tiene la contestación a flor de labios. Así aparecen sus palabras:

"Primera cuestión, pues, la fe y la salvación. Cuando leo el Evangelio, constato que la sola condición que Cristo pone a la salvación, es la caridad. "Tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber, estaba desnudo y me habéis vestido. Era extraño y no me habéis recibido; estaba desnudo y no me habéis vestido". "¿Cuándo, pues, Señor, te hemos dado todo esto? ¿Cuándo te hemos rehusado todo eso?" "Lo que habéis dado o lo que habéis rehusado al más pequeño de mis hermanos, a mí me lo habéis dado o rehusado". En esta parábola del juicio último, con toda la puesta en escena apocalíptica de la época, no hay más que caridad. Es el solo criterio de salvación. No se pregunta a la gente si tienen fe, si son budistas o comunistas. Es sencillamente su abertura a los demás la que juzga de su abertura profunda a Dios, porque, para el creyente, Dios es el otro por excelencia. Veo también en el Evangelio

que el rehúse culpable de la fe nos descarta de la salvación. Así para el hombre que ha estado verdaderamente frente al rostro de Cristo y que ha sido verdaderamente evangelizado y que lo rehúsa culpablemente. Pero la mayor parte de las personas que no tienen fe, que yo conozco, sean de origen cristiana o atea, son personas que no tienen más que una caricatura del cristianismo y en cierto en Dios”, pregunto: “qué es lo que rehusáis?” Siempre hasta el premodo rehusan un Dios caricaturesco. Cuando se me dice “yo no creo presente, cuando mi interlocutor ha hablado, he podido decir: “Lo que rechazáis, yo lo rechazo también. Esto no tiene relación ninguna con el Dios en quien yo creo”. Pero él cree que es eso el Dios de los cristianos, como Marx creía que el Dios de los cristianos era una especie de tirano y Freud creía que era un padre sádico.

“Para mí todo esto no es Dios.

“Yo creo que la mayor parte de los hombres no son culpables del todo de no tener la fe y que serán salvados, como yo lo sere, gracias al amor y a la bondad de Dios. Gozarán de Dios, porque Dios es amor, Dios es perdón esencialmente y no condena nunca. Yo no los condeno. Por esto yo digo: la salvación ésta no me toca a mí, toca a Dios; aún la mía. Yo soy como los buenos judíos de antes de Cristo; el mundo del más allá es una esperanza para mí; lo que me hace vivir hoy, no es la esperanza del más allá, es la constatación de que yo puedo hacer retroceder la muerte en mí y en torno de mí desde hoy. Por eso digo que la fe es necesaria, no para la vida eterna, sino para la vida sin más. San Pablo nos dice: “En la vida eterna, no hay fe, no hay más que caridad. Fe, esperanza y caridad permanecen las tres hoy, pero en el Reino no habrá más que caridad”. La fe, pues, no es para el más allá, es para ahora. Y por eso, además, queremos participar nuestra fe y comunicarla, nosotros, los cristianos. Una teología, completamente débil, pensaba que los incrédulos estaban condenados, entonces evidentemente era necesario ser misionero. Ahora que se ha vuelto a la sana tradición de la Iglesia en que todos los hombres de buena voluntad alcanzan a Dios de una manera o de otra, se dice: no hay ya necesidad en absoluto de ser misionero, puesto que todo el mundo es salvado, que todo el mundo es muy bueno. Pienso que no es así del todo. Yo he oído una nueva que ha transformado mi vida, yo deseo ardientemente gritarla. Yo no guardo esto para mí. Una buena nueva se grita, un bello espectáculo se va a verlo con algún amigo, un bello paisaje tengo necesidad de tener un amigo para que lo admire conmi-

go, una buena comida no puedo hacerla solo del todo. Por esto tengo necesidad de testimoniar mi fe y comunicar a los demás la fe que ha transformado mi vida. Y pienso que la fe no es para que los otros sean salvados o no, es para que ellos sean dichosos hoy; en una sociedad en la que todas las ilusiones de felicidad se disipan progresivamente, el hombre tendrá la elección entre la fe (o una cierta forma de fe) y la desesperanza. Entonces, ¿aquellos que no tienen fe?

“La fe es un don, si se quiere, yo pienso que es, sobre todo, una abertura. Dios no nos ha confiado la salvación, sino la comunicación de la fe. Porque El se ha reservado la salvación. No nos ha confiado el más allá, nos ha confiado un mundo a transformar, y en la transformación de este mundo, existe la comunicación de la fe a mis hermanos. Y si la gente no entiende la buena nueva, es que no la hemos entendido nosotros mismos o que si la hemos entendido, la hemos guardado para nosotros. Es falta nuestra, si la gente tiene una idea caricaturesca del Dios del Evangelio, de la buena nueva. Es falta nuestra si la gente no es feliz como debería serlo. Sin embargo, admito perfectamente que fuera de la fe cristiana hay fes que son ya marchas y que en el corazón de muchos marxistas, de muchos ateos, hay ya una especie de fe. Francis Jeanson ha podido hablar de la fe del increyente. Pero pienso que esa fe no resiste, como decía, la experiencia del mal” (Ib. pp. 43-45).

El paralelismo con la experiencia y la doctrina agustiniana no puede ser más palmario. No se olvide que también Barreau es convertido como lo fue Agustín. Y éste comenzó por la experiencia del mal y creyó hallar una respuesta adecuada en el maniqueísmo. Sin embargo, resultó que su explicación no pudo convencerle vitalmente y se asió a la fe cristiana como único remedio de huida al mal, al dolor y a la muerte, como superación de los males en el mundo. Y esa fe le sirvió de acicate y de trampolín, de inquietud continua y de búsqueda constante. Aquel “buscar para encontrar y encontrar para seguir buscando” resume un poco su actividad y su inquieto corazón. Buscaba con la esperanza de hallar y si hallaba algo, continuaba buscando, porque “el amor, como él decía, no puede permanecer inactivo en el alma”, porque “mi amor es mi peso, por él soy llevado doquiera soy llevado”. Y el amor le guió en toda su búsqueda y en todas sus actividades, multiplicadas en bien y servicio de los demás. Defendió como ningún otro la Verdad esencial, Cristo y sus “misterios (sacramenta) poquísimos en número, facilísimos de observar y excelentísimos en significación” (*Epis.* 54, 1, 1). Sola-



mente le acalló su ansia de felicidad una fe profunda en Cristo y a ese Cristo se adhirió en los momentos difíciles, consciente de que por el amor y la intención mediría el valor de la obra. Porque si la salvación queda en manos de Dios y es gratuita —él fue el primero en recalcarlo— y si la fe es un don y es para este mundo, dado que al final sólo quedará la caridad, solamente la caridad y cuanto con ella se realice penetran los umbrales de la eternidad, mientras que la fe es una ayuda a la angustia humana y a la infelicidad, que prepara y colabora a descubrir el camino, pero no adherirse a él. El hombre será, pues, juzgado no por la ortodoxia o menos de su doctrina, sino por el amor que ha puesto en continuar la obra liberadora y redentora de Cristo. Y si Cristo liberó de la opresión y de la esclavitud, de la ignorancia y de la enfermedad, del autoritarismo y de la injusticia, del hambre y en general de todos los males, quien pretenda seguir el camino de Cristo, ha de tratar con amor de ponerse al servicio de los hombres para ese fin liberador y para esa dignificación de las personas. Solamente podrá hablar con libertad, cuando ame la Verdad que es Cristo, ya que “la verdad os hará libres”, y solamente entonces podrá ser realidad en su vida aquel “ama y di lo que quieras” de san Agustín. Porque entonces será consciente de que ha obrado bien, al obrar con amor a los hombres y a su servicio, manifestando así el amor de Dios, aunque se interpreten mal sus actos y sus palabras, y podrá como Cristo decir: “Si he hablado mal, pruébame en qué; y si bien, ¿por qué me hieres?” (Jn 18,23).

JOSE MORAN